

Una mirada más sobre el *Facundo* de Domingo F. Sarmiento. Relación pampa-desierto y barbarie-despotismo en la Argentina decimonónica

Martha Delfín Guillaumin*

Si un destello de literatura nacional puede brillar momentáneamente en las nuevas sociedades americanas, es el que resultará de la descripción de las grandiosas escenas naturales, y, sobre todo, de la lucha entre la civilización europea y la barbarie indígena, entre la inteligencia y la materia

Domingo F. Sarmiento, *Facundo*.

La obra *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento fue publicada en Santiago de Chile en 1845 con el título completo de *Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga y aspecto físico, costumbres, y hábitos de la República Argentina*. Desde su aparición hasta nuestros días, el libro ha sido objeto de múltiples lecturas ya sea por sus aspectos formales como campo de la literatura o por considerársele pionero en la ensayística de sociología política, lo mismo ha servido para identificarlo como uno de los pilares de la historiografía decimonónica argentina¹ que para contradecir las

* Profesora-investigadora. Escuela Nacional de Antropología e Historia.

¹ En el prólogo de la edición Emecé (Argentina, 1999) que ocupé para este ensayo, Jorge Luis Borges escribe lo siguiente: "No diré que el *Facundo* es el primer libro argentino; las afirmaciones categóricas no son caminos de convicción sino de polémica. Diré que si lo hubiéramos canonizado como nuestro libro ejemplar, otra sería nuestra historia y mejor" (p. 17).

posiciones políticas que llegó a asumir el autor.² Sobre esto último, el caso más famoso sería el de Juan Bautista Alberdi, en 1852, por su crítica a la posición que Sarmiento ofrece en el *Facundo* referente a las guerras civiles y al caudillismo en cuanto a las causas que los provocan –choque de civilización (ciudades) y barbarie (campañas)–, y su aparente contradicción respecto a su enfrentamiento con Urquiza más adelante.³ En este ensayo me propongo tratar de conocer la manera en que Sarmiento construye los conceptos de *civilización* y *barbarie* tomando como pretexto el esclarecimiento de los términos *desierto* y *despotismo*. Me interesa en particular esta construcción, no sólo en el ámbito semántico, sino en cuanto a su contenido y representaciones sociales ya que estos vocablos formaron parte del discurso oficial que sirvió de pretexto para someter a los indígenas *bárbaros* de la Pampa y la Patagonia argentina en el último tercio del siglo XIX.⁴

Así, quiero saber qué es civilización y barbarie según Sarmiento; cómo ve y cómo construye al indígena en su obra; qué es para Sarmiento el despotismo; en qué autores y obras se basó para elaborar sus conceptos; y, por último, cómo se crea y se recrea la idea de desierto en este autor y en el imaginario colectivo del siglo XIX. Este término me inquieta específicamente ya que hasta nuestros días a la guerra de exterminio contra los indígenas en 1879 se le sigue llamando “campana del *desierto*”. Es decir, el uso de este concepto se ha convertido en una convención que incluye tanto la historia oficial como el imaginario social argentino.

² Por ejemplo, Lăennec Hurbon, en su obra *El bárbaro imaginario*, México, FCE, 1993, cuando analiza las categorías opuestas civilización/barbarie para explicar la realidad haitiana hasta nuestros días, menciona al “fantasma de Calibán, sombrío remedo de Próspero” que, según él, se encuentra vivo “a través de toda la América Latina y de todo el Caribe del siglo XIX [...] y sobre el cual casi todas las obras literarias y todas las ideologías políticas vienen aún a apoyarse”. Para enfatizar lo anterior es que cita lo siguiente: “Después de la obra *Civilización y barbarie* del argentino Domingo Faustino Sarmiento, publicada en 1845 y donde se asiste a la recuperación de toda la ideología de la conquista misma, aparece en Europa en 1878 el Calibán de Ernest Renan”, p. 14 y nota 11 de la página 15, lo señalado con cursivas es mío.

³ Sobre la polémica entre Sarmiento y Alberdi el lector puede consultar el artículo de Carlos Altamirano, “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”, en Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Argentina, Ariel, 1997, pp. 83-102; asimismo, David Brading en su obra *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, México, FCE, 2003, en particular en el capítulo “Civilización y barbarie”, ofrece su propia visión sobre este asunto.

⁴ Esto lo señalo porque el tema de la tesis que pretendo realizar, “¿Salvajes o marginados? La apachería mexicana y los ranqueles argentinos vistos desde una óptica comparativa: la contradicción civilización frente a barbarie como forma de discurso político durante el siglo XIX”, se vincula íntimamente con los asuntos que deseo desarrollar en este ensayo. En particular, en el índice tentativo del proyecto, el capítulo 2 aparece como: “Civilización y barbarie, aproximación al análisis de estos conceptos”.

En su obra el problema principal gira, al parecer, en mostrar cómo los caudillos regionales se han convertido en el azote de la Argentina y, lo más importante, supongo, evidenciar que el gobierno despótico de Juan Manuel de Rosas ha permitido que la barbarie se apodere de la situación nacional en detrimento de la civilización. Desde su situación de exilado político por oponerse a ese *gobierno despótico mazorquero* es que Sarmiento ofrece una visión de la Argentina de su época en la que se aprecia la preocupación por lograr concretar un programa político que realmente permita la conformación de un Estado-nación, la República Argentina. No se trata de reseñar el libro pero sí de destacar aquellos elementos que, a mi juicio, permiten explorar la manera en la que Sarmiento arma su entramado y conduce al lector hacia la lógica en la cual él está inmerso. Si comienza con los usos, costumbres y el perfil de los distintos personajes que pueblan la campaña del interior, como él le llama a lo rural, para adentrarse posteriormente en la biografía de Quiroga y terminar el libro con la situación social y política que en ese entonces reinaba en la Argentina a partir de Rosas, es sólo para comprobar lo que desde un principio sostiene como tesis principal, que la barbarie se ha enseñoreado del país, que la pampa se ha introducido en Buenos Aires y que esto significa un retroceso de las formas civilizadas. Pero, ¿qué o quiénes son esos elementos negativos que representan lo bárbaro e incivilizado?, ¿qué es lo bárbaro?, ¿qué lo incivilizado?, ¿cómo los produce o, más bien, cómo los interpreta Sarmiento?, ¿cuáles son los indicadores para él de ese estado de barbarie?, ¿en qué momento se equipara a la pampa como desierto?, ¿es esto una invención de Sarmiento? Para tratar de contestar estas interrogantes iniciaré con algunas consideraciones en torno a los términos anteriormente citados.

El concepto de civilización es hasta la fecha objeto de polémica, por ejemplo, el autor contemporáneo Samuel P. Huntington, en su obra *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, es un autor contemporáneo que analiza el concepto y ofrece una detallada información acerca de sus orígenes del mismo. Sin embargo, su libro sólo sirve para tratar de demostrar que la lucha entre el enfrentamiento entre los antiguos bloques que se conformaron tras la Segunda Guerra Mundial durante el segundo periodo de entreguerras han desaparecido y actualmente se aprecia que el enemigo real de Occidente son las naciones islámicas, que son reacias por naturaleza a la democracia, posición que obviamente no comparto efectivamente. De cualquier forma, me parece oportuno mencionar algunos de los datos que ofrece el autor en esta obra para analizar el concepto:

La idea de civilización fue elaborada por pensadores franceses del siglo XVIII como opuesta al concepto de "barbarie". Una sociedad civilizada difería de una sociedad primitiva en que era urbana, alfabetizada y producto de un acuerdo. Ser civilizado era bueno, ser incivilizado era malo. El concepto de civilización proporcionaba un criterio con el que juzgar a las so-

ciudades, por lo que durante el siglo XIX los europeos dedicaron mucha energía intelectual, diplomática y política a elaborar los criterios por los que las sociedades no europeas se podían juzgar suficientemente “civilizadas” para ser aceptadas como miembros del sistema internacional dominado por los europeos.⁵

Norbert Elias en su obra clásica *El proceso de la civilización* ofrece una interesante definición del término civilización cuando analiza lo que él denomina sociogénesis de la oposición entre cultura y civilización en Alemania:

Este concepto expresa la autoconciencia de Occidente. También podría denominarse “conciencia nacional”. El concepto resume todo aquello que la sociedad occidental de los últimos dos o tres siglos cree llevar de ventaja a las sociedades anteriores o a las contemporáneas “más primitivas”. Con el término de “civilización” trata la sociedad occidental de caracterizar aquello que expresa su peculiaridad y de lo que se siente orgullosa: el grado alcanzado por su técnica, sus modales, el desarrollo de sus conocimientos científicos, su concepción del mundo y muchas otras cosas.⁶

Pero, en la época de Sarmiento en la Argentina como periferia del mundo civilizado occidental europeo ¿qué era lo civilizado a escala local?, ¿qué entendía él por civilización? En su obra el autor ofrece su propia visión de lo que sería la aplicación de este término: lo civilizado es lo urbano y lo salvaje es la campaña,⁷ la pampa. Si bien no difiere mayormente en apariencia de las posturas europeas al respecto, sí inventa o reelabora sus propios bárbaros y civilizados, su propia barbarie y civilización, ya no desde una posición cristiana y providencialista sino desde una posición laica liberal, los antiguos infieles serán los bárbaros. La pampa se vuelve desierto, se barbariza, es decir, se “orientaliza” de alguna manera para dar cabida a todos aquellos elementos que lo componen, es decir, los sujetos sociales (si así se les puede llamar a las construcciones sociales que hace Sarmiento) como el indígena *salvaje* y el gaucho *mal*, y la forma de gobierno que lo identifica, o sea el despotismo según el pensa-

⁵ México, Paidós, 1998, capítulo 2, p. 45. Lo señalado en cursivas es mío. Para un análisis más exhaustivo acerca del término *barbarie* puede revisarse la obra de Laënnec Hurbon, *El bárbaro imaginario*, op. cit., en particular el capítulo “Génesis de la barbarie”.

⁶ Norbert Elias, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1994, p. 57.

⁷ En México, durante la primera mitad del siglo XIX, José María Luis Mora presume algo similar cuando pondera las virtudes de la vida civilizada a la cual equipara con la vida urbana. Sobre este particular escribe Andrés Lira: Mora “Aprecia los gustos y cambios de las costumbres introducidas en el país por el contacto con Francia. Mucho ve de positivo en esto, al grado de mencionar sólo de paso lo que queda fuera, como es la vida del campesino y de los jornaleros”. *Espejo de discordias*, Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, Lucas Alamán, Introducción, México, SEP, 1984, p. 24.

miento político filosófico europeo de aquel entonces. En la siguiente cita se encuentran algunos de estos términos a manera de ejemplo:

La inmensa extensión del país que está en sus extremos es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el *desierto* la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiendo con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo.

Al Sur y al Norte acéchanla los *salvajes* que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambres de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y sobre las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las pampas y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación, reunida en torno del escaso fuego, vuelve maquinalmente la vista hacia el Sur⁸ al más ligero susurro del viento que agita las hierbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche en busca de bultos siniestros de la *horda salvaje* que puede de un momento a otro sorprenderla desapercibida.⁹

La pampa es comparada, más bien convertida, por Sarmiento, en un desierto porque éste es un paisaje desolado; entonces la pampa, ahora desierto, es ese espacio en donde no encontramos al ser civilizado.¹⁰ Esto indica una recreación intelectual del paisaje que no sólo contempla lo físico del entorno (planicie, fauna, flora) o las actividades de subsistencia que allí se dan (malones y pastoreo),¹¹ sino la ausencia de elementos civilizatorios (ciudades, migrantes europeos, agricultura). Los habitantes del desierto,¹² indígenas nómadas, *bárbaros* o gauchos *malos*, parece que nada valieran y que, más bien, significaran, como así fue para los políticos argentinos del siglo XIX, un obs-táculo para el establecimiento del progreso y la civilización. Noé Jitrik describe

⁸ Aquí valdría la pena detenerse a pensar en el juego dialéctico en los ámbitos geográfico y humano, el territorio norte para México y el sur para Argentina se identifican con los indígenas nómadas *salvajes*.

⁹ *Facundo*, pp. 39-40. Lo señalado en cursivas es mío.

¹⁰ François René Chateaubriand al referirse a los indios americanos dice: "Raza indolente, estúpida y feroz, mostraba en toda su fealdad al hombre primitivo degradado por su derrumbe. Nada comprueba mejor la degeneración de la naturaleza humana que la pequeñez del salvaje en la grandeza del desierto". *Le Génie du Christianisme* (1802) citado por Hurbon en *El bárbaro imaginario*, op. cit., p. 37.

¹¹ Malón o maloca, correría indígena. De allí se desprende el verbo maloquear.

¹² El desierto "presenta el espacio del salvaje indio como un paisaje virgen, desprovisto de toda huella de la dominación del hombre y por lo tanto de toda presencia humana. Bosques profundos, pantanos intransitables, peñascos escarpados, ríos peligrosos, antros y precipicios: un espacio adecuado para el salvaje", Hurbon comentando un pasaje de la obra de Chateaubriand, *Le Génie du Christianisme*, en *El bárbaro imaginario*, op. cit., p. 37.

este espacio recreado por Sarmiento como un:

Mundo imperfecto y mostrenco, vacío y solitario en el cual nada puede preverse sino que todo debe hacerse [...] Y, además, éste no es un mundo mental, apto solamente para explicar un personaje sino una zona real y geográfica, una zona ubicable en el planteo polémico que formula Sarmiento desde el principio: esta región desordenada y desértica, este mundo visible no es otro que el ámbito económico, humano e histórico del interior del país.

[...] desertificación es sinónimo de incultura y de pastoreo, remanente económico, garantía de salvajismo, porque es una manera económica de sostener la ruina.¹³

Sarmiento no es el único en ese entonces que emplea la voz desierto, también Esteban Echeverría, poeta y escritor argentino de la Generación del 37,¹⁴ en su poema épico *La cautiva* utiliza este concepto:

Era la tarde, y la hora
en que el sol la cresta dora
de los Andes. El *Desierto*
incomensurable, abierto
y misterioso a sus pies
se extiende, triste el semblante,
solitario y taciturno
como el mar, cuando un instante
el crepúsculo nocturno
pone rienda a su altivez.¹⁵

Altamirano y Sarlo opinan que este poema que forma parte importantísima de la literatura de frontera, “recoge y sintetiza temas que, a los sumo, habían sido esbozados en ensayos anteriores, a través de los cuales se respondía, en lo imaginario, a algunas cuestiones efectivamente presentes en la sociedad” argentina de aquel entonces, a saber, “la relación entre ciudad y civilización cristiano-europea y campaña bárbara,

¹³ *Muerte y resurrección de Facundo*, Argentina, Centro Editor de América Latina, 1968, pp. 48 y 81.

¹⁴ “Como cien años más tarde señaló Bernardo Canal Feijóo, la imagen del “desierto” organiza buena parte del programa del 37: la Argentina como territorio deshabitado, como espacio prehistórico y pura naturaleza, donde los indios y la cultura hispanocriolla colonial no cuentan en la producción de una nueva cultura posrevolucionaria. Este verdadero ideologema ha recorrido un largo camino, abriendo y cerrando al mismo tiempo la aporía del programa romántico. La paradoja exige que el arte nuevo refleje las costumbres y civilización argentinas y, al mismo tiempo las funde.” Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “Esteban Echeverría, el poeta pensador”, pp. 17-81, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, op. cit., p. 26.

¹⁵ *La Cautiva. El Matadero*, Buenos Aires, Losada, 2000, primera parte, “El desierto”, p. 33. Lo señalado en cursivas es mío.

donde se borran los límites entre el mundo rural organizado y el mundo desierto, es decir espacio indio, límites que la cultura repite una y otra vez en los pueblos de frontera y que el malón vuelve permanentemente contenciosos".¹⁶

¿Fueron Echeverría y Sarmiento los primeros en establecer esta similitud pampa-desierto? Sarlo y Altamirano ofrecen una pista que arroja bastante luz ilustra sobre este tema. Estos autores escriben acerca de la *Revue des deux mondes*, "acaso el más prestigioso vehículo del espíritu del siglo para los intelectuales argentinos de la generación del 37", y sostienen que es evidente "que, al menos desde 1835, *el símil entre la pampa y su poblador, por un lado, y el desierto y los árabes, por el otro, ya estaba disponible, si bien el procedimiento analógico aparece tomando por objeto al indio, no al gaucho*". En efecto, en el número 15 de enero de ese año la publicación incluye un artículo que lleva la firma de Th. Pavie y el título "Les indiens de la pampa". En este artículo se describe el espacio físico de la pampa, "sus horizontes inmensos y deshabitados, apenas alterados acá y allá por el galope de un gaucho",¹⁷ y, asimismo, el autor recrea a los indígenas de la siguiente manera: "A veces victoriosos, por lo general repelidos, su número parece no disminuir jamás; errantes y nómades como los Árabes del desierto, la Pampa les ofrece en sus impenetrables retiros asilos seguros, donde ellos van a disfrutar apaciblemente del fruto de sus conquistas".¹⁸

Pavie también equipara a las llanuras de la pampa argentina¹⁹ –"por donde avanza la 'horda silenciosa' de los indios"– diciendo que son "planicies inmensas como las estepas de Asia".²⁰ Este dato me resulta muy provechoso ya que puedo rastrear el origen del uso de la palabra desierto para referirse a la pampa, la comparación, lo mismo abarca el espacio físico que las formas de vida y gobierno que ahí presuntamente se dan: inmensas planicies, beréberes, indígenas nómadas, gauchos, pastores, gobiernos despóticos.

Quisiera retomar la idea de despotismo en el *Facundo*, en particular el despotismo argentino. La alquimia de transformar la pampa en desierto va más allá de la propia semejanza de lo físico, es decir, de la llanura; esta conversión permite establecer el vínculo con el despotismo oriental que suponía, siguiendo el pensamiento filosófico político de Montesquieu, que el paisaje geográfico podría ser determinante de las formas políticas, así, el paisaje de llanura (centro de Asia) y desierto (Medio Oriente) favorecerían el surgimiento de los gobiernos despóticos:

¹⁶ Altamirano y Sarlo, "Esteban Echeverría...", *op. cit.*, p. 39.

¹⁷ Altamirano, "El orientalismo y la idea del despotismo...", *op. cit.*, p. 101, cita 27. Lo señalado con cursivas es mío.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ La voz pampa es quechua y significa llanura. Cfr. Juan de Santa Cruz Pachacuti, *Relación de antigüedades de este reino del Perú*, Perú, FCE, 1995, pp. 174 y 343, en esta obra aparece escrito como bamba o pampa.

²⁰ Altamirano, "El orientalismo y la idea del despotismo...", *op. cit.*, p. 101.

En el *Esprit des lois* el tema de las razones del despotismo se había ampliado; entre éstas ya no era solamente la naturaleza de los pueblos serviles, según la tradición que se remitía a los griegos, sino también el clima, la naturaleza del territorio, el carácter de las instituciones, de las que la más específica era el visirato, y la religión, en particular la religión mahometana.²¹

Entonces, Altamirano y Sarlo advierten, a partir de la tesis del despotismo y las analogías correspondientes entre la pampa argentina y las estepas del centro de Asia y el desierto del medio oriente, que “el mismo tipo de escenario natural que engendra el despotismo en Asia, engendra el caudillismo bárbaro en la Argentina” y luego, cuando mencionan que Montesquieu asegura que el resorte del despotismo no es otro sino el miedo, el principio o la pasión, y que Sarmiento señala son los medios que utiliza Rosas para el control social de Buenos Aires, es que incluyen esta idea: “Pero si tal es el principio o resorte del despotismo, ese mal político que no sólo viene del desierto, sino que produce desierto a su alrededor”.²² Ahora bien, si la pampa era el desierto, ¿quiénes serían los bárbaros que se dejarían someter ya por su estupidez ya por su indolencia a un tirano?, ¿quién el tirano, el nuevo sultán?, ¿quién el Mahoma?²³ Los caudillos salidos de entre los comandantes de campaña serían los déspotas, y los gauchos, los gauchos malos, ellos serían los bárbaros que se dejarían dominar merced a su ignorancia y estulticia; no cabe duda, Sarmiento les dedica un espacio para establecer la unión que luego habrá entre ellos, su espacio geográfico (la pampa) y su futuro déspota, Juan Facundo Quiroga, “el Tigre de los Llanos”, el más grande de los gauchos malos o por lo menos aquel que como Juan en el desierto anunciaba al que habría que venir atrás de él, sólo que en vez de un Mesías redentor el que llegó fue un gaucho más malo todavía, peor que Quiroga, este ser infausto, Juan Manuel de Rosas, que no se enfurecía nunca pero que calculaba “en la quietud y en el recogimiento de su gabinete, y desde allí salen las órdenes a sus sicarios”.²⁴ Ya no se mancharía las manos porque mandaría a otros a realizar la tarea sucia contra los “salvajes unitarios”, pero, según Sarmiento, sería peor que quien lo precedía, concretaría su obra de que la barbarie se apoderara de la civilización. Buenos Aires sería fuerte para resistir porque aunque tenía en sus arrabales a la pampa que se metía, que la invadía, a su vez, poseía el puerto que lo conectaba con Europa, con lo civilizado, una especie de balance,

²¹ Norberto Bobbio y Nicola Matteucci, *Diccionario de política*, México, Siglo XXI Editores, 1981, t. I, p. 547.

²² Altamirano, “El orientalismo y la idea del despotismo...”, *op. cit.*, pp. 93 y 97.

²³ “De este desorden, quizá por mucho tiempo inevitable, resulta que el caudillo que en las revueltas llega a elevarse, posee sin contradicción, y sin que sus secuaces duden de ello, el poder amplio y terrible que sólo se encuentra hoy en los pueblos asiáticos. El caudillo argentino es un Mahoma, que pudiera a su antojo cambiar la religión dominante y forjar una nueva”, Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, *op. cit.*, p. 80.

²⁴ Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, *Ibidem*, p. 211.

pero ¿y el interior cómo se salvaba? En el fondo, se trata de evidenciar el predominio marcado por Buenos Aires sobre ese "interior", las provincias.²⁵

Ahora bien, deseo detenerme un momento para mencionar las fuentes a las que Sarmiento recurre para rastrear el origen de los términos que aparecen en su obra, es decir, él no inventa esos conceptos (civilizado, bárbaro,²⁶ salvaje, desierto, despotismo, progreso) pero sí los recrea en su propio beneficio, o más bien, en su propia lógica discursiva. Son varios los autores, historiadores, novelistas, economistas y filósofos, los que Sarmiento cita en su obra *Facundo*, por ejemplo, Tocqueville, Guizot, Volney, Scott, Cooper, Voltaire, Constant, Bentham, Say, Smith, Volney, Victor Hugo, Echeverría, Chateaubriand, entre otros. En este sentido, Brading sostiene que Sarmiento se inspiró en el ensayista costumbrista español Mariano José de Larra para analizar el carácter político del pueblo argentino; Larra escribía bocetos satíricos de modales y escenas populares que disfrutaban de gran popularidad en la América del Sur. Además, continúa Brading, "Sarmiento hizo una memorable descripción de las pampas argentinas, que libremente comparó con las estepas del Asia Central y con los desiertos del Medio Oriente, comparación que Humboldt²⁷ ya había iniciado". Asimismo, aclara, luego de describir a los gauchos y comparar su forma de vida con la de la gente del desierto y las estepas, que "el medio natural de los grandes llanos creaba una sociedad que había que ser contenida por formas despóticas de autoridad si no se quería que recayese en la anarquía o el bandidismo."²⁸ A su vez, Brading

²⁵ Para lo cual también habría que pensar en la extensión real que tenía la Argentina en la época de Sarmiento, recuérdese que es hasta la Campaña del desierto de 1879 de Julio A. Roca cuando la frontera sur baja y se garantiza la extensión soberana hasta Tierra del Fuego.

²⁶ En la antigüedad los bárbaros fueron identificados por los griegos como los extranjeros *idiotas*, en el sentido original de la palabra, es decir, que no entendían el griego: "Con las guerras médicas, y así con la realización de una unidad política y cultural más firme (la *Oikouménè*), la oposición griego/bárbaro viene a connotar la oposición griego/persa. El bárbaro es al mismo tiempo el que no habla griego y el que vive bajo un régimen despótico. Tal es el caso de los persas, los escitas y los egipcios", Laënnec Hurbon, *El bárbaro imaginario*, op. cit., p. 29. En Suramérica sucedía algo similar con los grupos andinos agricultores y los pueblos de la selva, los incas consideraban salvajes, según los cronistas, a los grupos selváticos. Sobre este particular confróntese a Pierre Clastres, "Mitos y ritos de los indios de América del Sur", *Investigaciones en antropología política*, México, Gedisa, 1987. En la obra de Pedro de Cieza de León, *La crónica del Perú*, España, Dastin, 2000, se encuentran referencias a las expediciones bélicas que los incas hicieron a la selva y que resultaron desastrosas, ellos convirtieron estas experiencias en mitos como el de las culebras encantadas. También puede reflexionarse en el nombre que recibían los guaraníes que tuvieron contacto con los incas, éstos llamaban a aquéllos *chiriguano*s, que significa estiércol frío, ya que cuando los llevaban capturados al Cusco morían a consecuencia de las bajas temperaturas que había en ese lugar de la sierra peruana. Asimismo, en Felipe Guaman Poma de Ayala, *Nueva crónica y buen gobierno*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1980, puede advertirse la representación que hace el cronista indígena de los habitantes del Antisuyo, la parte selvática, los describe y los dibuja como personas muy "primitivas".

²⁷ "Ainsi que l'océan, les steppes remplissent l'esprit du sentiment de l'infini", Humboldt citado por Sarmiento, *Facundo*, op. cit., p. 57.

averigua acerca del contraste entre la ciudad y el desierto que establece Sarmiento y advierte que es en la obra de Charles François de Volney, *Ruinas de Palmira* (1791), en donde se pueden encontrar referencias historiográficas sobre este particular. Según Brading, Volney atribuyó la destrucción de las ciudades a las bárbaras incursiones que se hacían desde los *desiertos* y las montañas.²⁹

Altamirano se pregunta si cuando Sarmiento hace referencia a los filósofos que sostienen la tesis de que las llanuras predisponen al gobierno despótico, tiene *in mente* también al autor de *El espíritu de las leyes*. O si estas ideas llegaron a Sarmiento a través por medio de los autores que tenía como faros,³⁰ es decir, como dice a su vez Natalio Botana, “la temprana acta de defunción que Sarmiento endilgó a Montesquieu y Rousseau,³¹ no tenía mayor trascendencia porque una continuidad más profunda los unía a Guizot y a Tocqueville”. Es decir, a dos de sus *maîtres-à-penser*.³² De esta forma, concluye Altamirano: “De todos modos, cualquiera que haya sido su vía de acceso a la constelación de nociones e imágenes que componían el tema del despotismo, lo efectivo es que Sarmiento no sólo hizo suya esa constelación, sino que la insertó como una de las piezas intelectuales y literarias del *Facundo*”.³³

En cuanto a Rousseau, es revelador un pasaje del *Emilio* citado por Bartra que dice que “Hay una diferencia apreciable entre el hombre natural que vive en estado de naturaleza y el hombre natural que vive en estado social. Emilio no es un *salvaje*³⁴ para ser relegado en los *desiertos*, es un salvaje hecho para habitar en las ciudades”.³⁵ “El hombre natural que vive en estado de naturaleza” es lo que comúnmente se identificará

²⁸ David A. Brading, *Orbe indiano*, p. 670.

²⁹ *Ibidem*, p. 674. Lo señalado en cursiva es mío. La cita de *Ruinas de Volney* que aparece en el *Facundo* de Sarmiento es: “La pleine lune à l’Orient s’élevait sur un fond bleuâtre aux plaines rives de l’Euphrate”, p. 44.

³⁰ Altamirano, *El orientalismo y la idea de despotismo...*, *op. cit.*, p. 91.

³¹ Cuando Sarmiento analiza la cuestión política en Argentina tiene la agudeza necesaria para afirmar que los hombres políticos argentinos “no tenían obligación de saber más que los grandes hombres de la Europa, que hasta entonces no sabían nada definitivo en materia de organización política”. De esta forma afirma que: “Desde entonces [revolución de 1830 en Francia] empiezan a llegarnos libros europeos que nos demuestran que Voltaire no tenía mucha razón, que Rousseau era un sofista, que Mably y Raynal unos anárquicos, que no hay tres poderes, ni contrato social, etcétera. Desde entonces sabemos algo de razas, de tendencias, de hábitos nacionales, de antecedentes históricos. Tocqueville nos revela por la primera vez el secreto de Estados Unidos [La *democracia en América* (1839)]; Sismondi nos descubre el vacío de las constituciones; Thierry, Michelet y Guizot, el espíritu de la historia; la revolución de 1830, toda la decepción del constitucionalismo de Benjamín Constant; la revolución española todo lo que hay de incompleto y atrasado en nuestra raza”, *Facundo*, *op. cit.*, p. 140.

³² Natalio Botana, *La tradición republicana*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, p. 271. Citado por Altamirano, *El orientalismo y la idea de despotismo...*, *Ibidem*, p. 100, nota 22.

³³ Altamirano, *El orientalismo y la idea de despotismo...*, *ibidem*, p. 91.

³⁴ A pesar de que Bartra sostiene que el hombre salvaje de Rousseau es europeo y que tiene su origen en el mito del *homo sylvestris*, “reproduce sus estructuras y responde a un proceso de larga duración que

como el “buen salvaje” en el pensamiento iluminista. Este calificativo favorecedor se vería transformado en el siglo XIX; un ejemplo evidente lo proporcionan Guillaume Boccara e Ingrid Seguel-Boccara cuando comentan que durante la guerra de independencia chilena los criollos usaron la figura de Lautaro y Caupolicán para elogiar al pueblo mapuche y, a través por medio suyo, al pueblo chileno que estaba listo para emanciparse de la Corona española orgulloso de su origen americano; luego, cuando las fértiles tierras del sur le interesaron al gobierno chileno para convertirlas en campos de cultivo, se dio la Guerra de la Araucanía en la segunda mitad del siglo XIX. Entonces, los mapuches, los *bárbaros*, se convirtieron en un estorbo para el progreso y la civilización: “valientes y bravos guerreros Araucanos”, como los mencionaran en sus discursos los insurgentes chilenos, fueron transformados en las “hordas de salvajes sangrientos” de la segunda mitad del siglo XIX en aras de “un ideal modernizador productivista” que conectaba “la economía regional con los mercados internacionales”.³⁶

Como ya mencioné, en el *Facundo* de Sarmiento los gauchos³⁷ no eran los únicos *bárbaros* y *salvajes*, en realidad compartían este honor con los indios nómadas,³⁸ Sarmiento incluye a estos últimos en algunos pasajes de su obra, por ejemplo cuando relata que Rosas emprendió una campaña militar sin precedentes hasta ese momento (1833) contra ellos y cuando describe el interior y las ciudades de la campaña como Mendoza:

Una poderosa expedición de la que él [Rosas] se había nombrado jefe se había organizado durante el último período de su gobierno para asegurar y ensanchar los límites de la provincia hacia el Sur, teatro de las frecuentes incursiones de los *salvajes* [...] Efectivamente:

expresa las tensiones propias de la cultura occidental”, pienso que la distinción que ofrece entre los conceptos de *wild man* y *savage* pueden resultar útiles para este ensayo: “He querido mostrar cómo el antiguo mito del hombre salvaje se desarrolla en forma paralela a la cada vez mayor presencia, en el espíritu europeo, de los pueblos sometidos a la dominación colonial, y que también son calificados de salvajes. Si usamos la lengua inglesa podemos aprovecharnos de la existencia de dos palabras, una sajona y otra latina, para diferenciar estos personajes: Robinson Crusoe es un *wild man* europeo, mientras que Viernes es un *savage* americano. El primero forma parte de un mito occidental de larga historia; el segundo hace referencia a los pueblos ‘descubiertos’ y colonizados por la Europa moderna; el *wild man* es un sujeto mítico del pensamiento occidental; el *savage* es un objeto real de la dominación colonial”. *El salvaje artificial*, México, Ediciones Era/UNAM, 1997, pp. 134-135 y 166.

³⁵ Citado por Roger Bartra, *ibidem*, p. 176.

³⁶ Los productos agrícolas serían destinados para surtir los centros mineros del norte de Chile que estaban en manos de compañías británicas; asimismo, serían enviados a San Francisco durante la “Fiebre del Oro” de 1848. Guillaume Boccara e Ingrid Seguel-Boccara, “Políticas indígenas en Chile (siglos XIX y XX) de la asimilación al pluralismo-el caso mapuche”, *Revista de Indias*, vol. LIX, núm. 217, 1999, pp. 741-774. Consultado en dirección electrónica <http://www.mapuexpress.net/biblioteca/politica-indigena.htm>, 30 de diciembre de 2004.

³⁷ Sarmiento llama al gaucho como “salvaje de color blanco”, *Facundo*, *ibidem*, p. 69.

³⁸ En Argentina se prefiere la voz *nómades*.

¿qué cosa más bella que asegurar la frontera de la República hacia el Sud, escogiendo un gran río por límite con los indios, y resguardándola con una cadena de fuertes, propósito en manera alguna impracticable [...] Algunos toldos de indios fueron desbaratados, alguna chusma hecha prisionera; a esto limitándose los resultados de aquella pomposa expedición, que dejó la frontera indefensa como estaba antes, y como se conserva hasta el día de hoy. Las divisiones de Mendoza³⁹ y San Luis tuvieron resultados menos felices aún, y regresaron después de una estéril excursión en los desiertos del Sud. [Rosas] se hizo dar el título de Héroe del Desierto.⁴⁰

La pampa era el desierto *salvaje* y los *salvajes* eran los indígenas y los gauchos. Para resolver esta situación había que introducir los elementos civilizatorios que los migrantes y sus oficios representaban.⁴¹ En consecuencia, el gaucho malo fue eliminado de la escena nacional, en 1863 cuando ejecutaron al *Chacho* Peñaloza, Sarmiento escribía: “No trato de economizar sangre de gauchos. Éste es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos”.⁴²

³⁹ Sarmiento le dedica un espacio a esta ciudad y escribe que “era hasta entonces un pueblo eminentemente civilizado, rico en hombres ilustrados y dotados de un espíritu de empresa y de mejora que no hay en pueblo alguno de la República Argentina; era la Barcelona del interior”. En cuanto a los logros materiales que ahí se realizaban menciona la desecación de ciénagas, el remozamiento de la ciudad, la formación de sociedades de agricultura, industria, minería y educación pública, el fomento de una fábrica de tejidos de cáñamo y lana, una maestranza de armamentos, entre otras cosas de las cuales quisiera destacar lo siguiente: “Construyéronse fuertes al Sur, que, a más de alejar los límites de la provincia, la han dejado siempre asegurada contra las irrupciones de los salvajes”. Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, *op. cit.*, pp. 199-200.

⁴⁰ Acerca de esto mismo, Sarmiento escribe en una nota a pie de página que algunos estancieros del sur de Buenos Aires le informaron después que la expedición organizada por Rosas aseguró la frontera, “alejando a los bárbaros indómitos y sometiendo muchas tribus, que han formado una barrera que pone a cubierto las estancias de las incursiones de aquéllos, y que, a merced de estas ventajas obtenidas, la población ha podido extenderse hacia el sud”. Domingo F. Sarmiento, *Facundo*, *ibidem*, pp. 231-232. Lo señalado en cursivas es mío.

⁴¹ José María Luis Mora en su obra *México y sus revoluciones* (París, 1836), también llega a utilizar la voz *desierto* cuando se refiere a los lugares no ocupados por los poblados civilizados: “Los españoles aquejados del deseo de ocupar todo el terreno que descubrían para apropiarse sus riquezas minerales, dejaron claros y *desiertos* inmensos entre las poblaciones que fundaban; el tiempo y las empresas de los particulares han llenado muchos de estos inmensos huecos, sin embargo todavía quedan bastantes para poder asegurar que no hay proporción ninguna entre la población actual de México y el terreno que ocupa; no obstante sin esta proporción no será posible un progreso rápido en los adelantos sociales, las comunicaciones serán difíciles, y por lo mismo frecuentemente interrumpidas, pues donde falta la población, no puede haber medios de subsistir ni comodidades ningunas, y el tráfico social queda paralizado o muy disminuido. Mas ¿cuáles son los medios de llenar estos inmensos *desiertos* de un modo pronto y eficaz? ¿Cómo se ocurrirá a esta mala distribución primitiva de las ciudades de la República? Sólo poblando los puntos intermedios y fomentando la *colonización* [europea]. Este procedimiento es el único y eficaz, y todos los pueblos cuyas ciudades se han hallado en la misma o peor situación que México, después de haber tentado inútilmente otros medios, no han conseguido remediarlas sino por éste”. Antología de este texto en Andrés Lira, *Espejo*

Posteriormente, el ministro de guerra Alsina ocuparía a los gauchos como mano de obra para abrir la zanja que llevaría su nombre. Estos trabajos forzados y la leva fueron factores decisivos en la destrucción de la vida gauchesca.⁴³ Parafraseando a Hurlbut, real o imaginaria, la barbarie de los gauchos malos y de los indígenas serviría de pretexto para su exterminio.⁴⁴

Sarmiento fue, en el *Facundo*, un romántico, un iluminista. El Sarmiento de la segunda mitad del siglo XIX estaría influenciado por las ideas evolucionistas darwinistas y, sobre todo, spencerianas.⁴⁵ Obviamente el panorama político en ese entonces era diferente al tiempo en que Sarmiento escribió el *Facundo*, los *caudillos* y *dictadores* habían desaparecido y en su lugar se consolidaba un gobierno liberal que trataba de conformar un Estado nacional, para lo cual había que garantizar la soberanía del territorio, aun a costa de los indígenas indómitos. Así, durante la primera mitad del siglo XIX, los conceptos *civilización*, *barbarie* y *desierto* fueron incorporados definitivamente en el vocabulario y el imaginario social argentino; hacia la segunda mitad de esa centuria, estos términos serían bendecidos por el positivismo y formarían parte fundamental en el discurso político de Julio Argentino Roca para justificar la campaña militar de 1879 contra los indígenas de la pampa, mejor conocida como la "Campaña del desierto".

de discordias, op. cit., pp. 133-134. Habría que considerar que en ese momento la República Mexicana todavía mantenía los territorios del norte que posteriormente le serían cedidos arrebatados a por los Estados Unidos luego de la guerra de 1836 (Tratado de Velasco) y 1847 (Tratado Guadalupe-Hidalgo). Mora se quejaba de las leyes de colonización de ese entonces, sobre todo por la falta de libertad de cultos. Mora creía, según comenta Hale, "que la colonización por familias europeas constituía la única manera factible de civilizar a estos pueblos", refiriéndose a los del norte de la república que eran asolados por los bárbaros. En Charles A. Hale, *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853*, México, Siglo XXI Editores, 1985, p. 241. Lo señalado en cursivas es mío.

⁴² Enrique Anderson Imbert, *Genio y figura de Sarmiento*, citado por Brading, *Orbe indiano*, op. cit., p. 674.

⁴³ Sobre las consecuencias negativas que la leva produjo en la vida del gaucho puede revisarse el poema épico del *Martín Fierro* de José Hernández.

⁴⁴ La frase original es: "Real o imaginario, el canibalismo de los caribes servirá de pretexto para su exterminio", *El bárbaro imaginario*, op. cit., p. 19.

⁴⁵ "El Sarmiento de trasfondo iluminista de los tiempos de Rosas, que hizo de la civilización su religión primordial, reveló en el 80 nuevas ideas, aunque desde la misma vieja raíz. En 1883, al hablarle al perito Francisco P. Moreno de *Conflictos y armonías de las razas en América*, le expresa: "Bien rastrea usted las ideas evolucionistas de Spencer que he proclamado abiertamente en materia social dejando a Ud. y a Ameghino las darwinistas... Con Spencer me entiendo, porque andamos el mismo camino". Citado por Fermín Chávez en su artículo "Los del 80. El pensamiento de una generación", s/f, p. 100.